

Y no es mucho (sino muy poco) que nosotros los cristianos guardemos esta reverencia a Dios, que por tantas vías y maneras nos tiene tan obligados, procurando que en las ofrendas que le hiciéremos no haya cosa indecente ni que estorbe a la atención y devoción del que ofrece y le hace este servicio; y confúndannos estos ejemplos gentílicos, por culpas tan leves comedidas contra un dios que no lo es por naturaleza, sino por estimación de el pueblo y engaño de los hombres, y sólo tiene de deidad la que finge, y Dios quiere que tenga por sus particulares y secretos juicios; y démosle, juntamente con los actos exteriores de el cuerpo, los interiores de el alma, para que enteramente sea hecho el sacrificio y Dios en él agrado.

CAPÍTULO XXV. *De las penitencias y ayunos que alguna vez hacía el sumo sacerdote y por qué causas*



EN ALGUNAS PARTES DE ESTAS INDIAS hacía el sumo sacerdote un solemnísimo ayuno, el cual le duraba espacio de nueve o diez meses y a las veces un año, y esto era lo más ordinario y general. Para este ayuno se salía de poblado a un monte, donde salía a ver el mayor número y concurso de sus ídolos o dioses, en el cual lugar le hacían una ramada o choza de ramas verdes, las cuales secas la volvían a renovar, porque siempre estuviesen verdes. El secreto de esto no he podido alcanzar, aunque es fácil de creer que le tenían debajo de ramas verdes para darle a entender que así como lo verde conserva el jugo y frescor, el tiempo que lo está, así él, en aquel tiempo de su ayuno, había de conservar el jugo de la devoción, renovando cada día el espíritu con mayor fervor y refrescando los actos penitenciales, como el que tan obligado estaba a ello y como persona de quien colgaban las esperanzas y necesidades de la república para con los dioses. Todo el tiempo que duraba este ayuno no comía cosa guisada ni cocida al fuego; pero su sustento ordinario eran granos de maíz, los cuales comían crudos y secos como estaban. Hacía tan áspera penitencia que era espanto verla. No conversaba con nadie, ni nadie le venía a ver, porque en soledad tratase con los dioses mejor la causa porque ayunaba. Todo el tiempo que duraba su ayuno y penitencia hacía muchos sacrificios de todas las cosas, así animadas como inanimadas (excepto hombres). Ponía delante de los ídolos copal, incienso y otros perfumes y derramaba cantidad de sangre de su cuerpo, el cual sacrificio estaba repartido por las horas del día y miembros de su cuerpo. Éste era el ayuno del sumo sacerdote y penitencia que hacía en aquella soledad y aspereza de vida que pasaba.

Las causas solían ser muy graves (porque tanto rigor no pide liviana causa); las ordinarias eran pedir favor a los dioses para saber regir y gobernar la república en lo espiritual, como tenía obligación, según el peso de la carga, y como tomando por aquella penitencia en sí, los pecados y cul-

pas del pueblo, para que descargando a sus súbditos se descargase él de ellas y hiciese penitencia por todos, orando, como otro Moysén, por el favor y necesidades del pueblo.¹ Si la oración de este idólatra fuera hecha a Dios tan cierto y verdadero como es el que oía las de Moysén (que por serlo hacía ciertos y verdaderos favores al que la ofrecía), y si se hiciera en servicio de nuestro Dios verdadero, bueno era todo; pero el mísero indio se atormentaba y el demonio se reía o cuidaba poco de su tormento. Y hemos de advertir que este ayuno no era más que una vez en la vida; y el que una vez le hacía, no le hacía otra, y no a todos los sumos sacerdotes acontecía, o porque no era necesario tanto rigor, o por flaqueza o enfermedad que tuviese, pero en pocos acontecía esto.

CAPÍTULO XXVI. *De la mucha limpieza y castidad que el estado sacerdotal incluye en sí, y de cómo en todas las naciones gentílicas se preciaron los sacerdotes de castos, y es una de las condiciones necesarias para ofrecer los sacrificios*



QUANTA HAYA SIDO LA CASTIDAD Y LIMPIEZA, y cuanto el cuidado que los sacerdotes de los gentiles hayan tenido para ser limpios y castos, está muy conocido, y los inmensos escritos que de esto hay lo manifiestan; y consta haber sido muy estimada esta virtud en los gentiles sacerdotes de aquel verso de Virgilio,¹ que dice: *Los sacerdotes permanecían castos todo el tiempo de su vida.* Y Ovidio² también dice, ser estimada en ellos esta condición y virtud, como el fresco ramo cortado de un árbol muy precioso y puro. De las vírgines vestales hemos ya visto lo que las estimaban los romanos, y el castigo y muerte que les daban por el pecado que cometían, queriendo que se conservasen en perpetua virginidad.³ De los sacerdotes de la madre de los dioses, se dice que se castraban y cortaban todas las partes verendas y miembro genital, por vivir en perpetua castidad, para mejor ejercitar su ministerio y ofrecer a la diosa más dignamente los sacrificios. Los hierofantes entre los de Atenas, luego que se constituían y ofrecían al sacerdocio, también se castraban. De los sacerdotes de Egipto, dice Plutarco, que guardaban perpetua castidad y que se abstendían de comer sal, porque su calor y sequedad no les provocase a los actos venéreos; y lo mismo afirma de ellos Porfirio.⁴ Y al sacerdote de Júpiter llama Ovidio⁵ casto. También afirma Plutarco, en sus *Problemas de los romanos*, que los sacerdotes no sólo no comían carnes de cabra, pero que ni la nombraban, siéndoles aborrecible su nombre por su mala propiedad, y ser tan

¹ Exod. 23.

² Virg. lib. 6. Aen.

³ Ovid. lib. 2. Fast.

⁴ Sap. 14. et 15.

⁵ Plut. lib. de Iside et Osiride, dec. 5. cap. 10. Porph. lib. 4. de Abstin. ab essu carn.

⁶ Ovid. lib. 1. Fast.